



**Actas de las Jornadas de Historia
sobre el Descubrimiento de América
Tomo V**

**Jornadas XV, XVI, XVII y XVIII — 2019, 2020, 2021 y 2022
Casa Martín Alonso Pinzón — Palos de la Frontera**

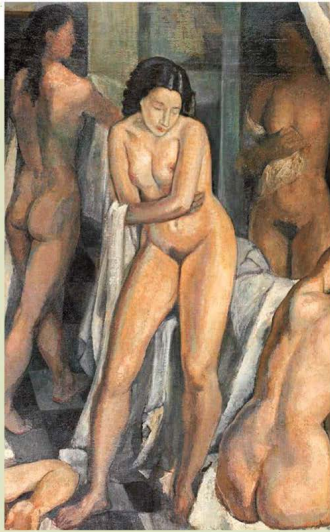
Vázquez Díaz, La Rábida y su tiempo

Juan Carlos León Brázquez

Periodista-documentalista

Con buen criterio y es de agradecer, el Ayuntamiento de Palos de la Frontera ha organizado estas jornadas dedicadas a Daniel Vázquez Díaz, uno de los pintores españoles (y además onubense) más importantes del siglo XX, al que los nuevos tiempos parecen haberle dado la espalda. El pasado año, 17 de marzo de 2019, se cumplió el 50 aniversario de su muerte, sin que ninguna institución pública o privada hubiera recordado con algún sencillo acto tal fecha. Ninguna, quizá con la excepción de los artículos que escribí en la revista *Diario16* y en el diario digital *Huelva Buenas Noticias* (<https://huelvabuenasnoticias.com/2019/03/17/daniel-vazquez-diaz-el-olvido-de-un-gran-pintor>), lo que no sentó nada bien a quienes por sus cargos debieran haber recordado esos 50 años de su muerte. Llevo tiempo reivindicando en mis artículos la figura de Don Daniel, sobre el que en 2007 dirigí el documental *Daniel Vázquez Díaz, trazos de un navegante de la Modernidad*, emitido en Radio Nacional de España, por el que obtuve el Premio de Periodismo Ciudad de Huelva.

Hoy, aquí en Palos de la Frontera, asistimos en cierta forma a la reparación y a la reivindicación de la importancia de su figura y el contexto en el que se desarrolló su obra, especialmente los murales que han quedado para siempre en el Monasterio de Santa María de la Rábida. Una fecha la de su muerte, el 17 de marzo de 1969, con lo que en muy pocos días se cumple el 51 aniversario de su muerte, lo que hace más oportuno estas jornadas sobre el pintor que trajo la modernidad de la pintura a España. Pero él, desde muy chiquito ya sabía que su objetivo estaba aquí en Palos de la Frontera, con una anécdota que a buen seguro se repetirá en estas Conferencias. Yo tuve ocasión de contarla, en 2008, cuando en el Cuartel General de la Armada, en Madrid, recibí el Diploma de Honor de la Armada, por un documental sobre los descubrimientos españoles del Pacífico. *El Lago Español*, lo titulé. Hablé en nombre de todos los premiados en la tradicional entrega de los Premios Virgen del Carmen. Unos premios para quienes se cuidan de reivindicar la historia de la marina española, para quienes continúan con la tradición pictórica que siempre rodeó a la Mari-



1. Cuadro de las Rábitas / Dibujado en la prisión.
2. Autorretrato de Vázquez Díaz

|| Juan Carlos Lallo (Español) ||

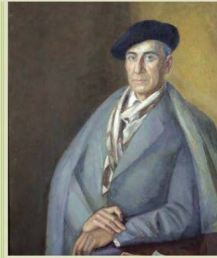
Daniel Vázquez Díaz... pasaba por allí

"EL VERDADERO ARTISTA NACIONAL -¡CIUDADANO CON EL TRUQUE- ES EL ARTISTA UNIVERSAL"

Juan Ramón Jiménez, en el Catálogo de la Exposición de Vázquez Díaz, en 1923, en el Palacio de Bellas Artes y Museo de Madrid

Por Sevilla, por Madrid, por Fuencaballo, por París, y otra vez Madrid, para hacerse y quedarse como pintor. De la brava, depura y combativa cuando mira a Havel-Rothstein, apodada colarista británica, el escultor ruso; no digas Aparicio apodó el Gibraltar económico; el niño, Daniel, confeccionaba sus propias coladas con el procedimiento barro de la tierra, en una temprana demostración de su afán de ser pintor, aun a costa de los deseos de su padre. El niño que morió en España la renovación de la pintura en la primera mitad del siglo XX, cado en los cuarenta, interesado e ignorante cívico, aun repugnante al circuncidarismo en su muerte el justo resaca para que quien padece la modernidad pictórica de este país.

Quien se enfrentó a los otros Vázquez Díaz en la pintura española, al lado de calidos que comen como en nuestro tiempo, como Picasso, como Juan Gris, como Joan Miró, como Salvador Dalí, como otros, con la participación de que el maestro de Havel, o Adas de Havelstein, que tanto vale, siempre tuvo que andar a cobardes, entre académicos, pintores y crítica para que sus cámbios estéticos fueran reconocidos, y que hoy, a la vista del panorama político-cultural, sigue en las banderas de las museos, o en



el desierto de quienes programan homenajes y exposiciones, esperando que alguien lo descubra. Vázquez Díaz fue quien fue, el cómo que encendió la pintura de los cuarenta, entre tradición y vanguardia, en momentos oscuros de la vida española. Las innumerales veces recibidas a su muerte, el 17 de marzo de 1948, sea hoy to-

colgado en estos 60 años, entre el desapeñamiento y la dispersión del cívico. A veces, aparece intermitente, por las dudas de interés por el pintor de Havel, pero pronto se desvanecen, si no se quiere servir para proporcionar el rendimiento a este cincuentarismo y re-entender la pintura española que retrató la España de medio siglo. Así en Sevilla,

Artículo del conferenciante en *Diario16*, 2019, con motivo del 50 aniversario de la muerte de Vázquez Díaz.



1. Cuadro de las Rábitas de un Torero
2. Cuadro de la Rábita de Juan Cantero

en los años mozos, conocido a Juan Ramón Jiménez, claro, con quien compartió primeros aprendizajes pictóricos en la hiselánea condicional antes de llegar a Madrid, y previo paso internado por el País Vasco, brinco a París (1918-1918). Una escuela imprescindible para asaltar el mundo artístico dominador de una nueva era. Modigliani, su primer ícono en París, introduciendo al ondulante en la bobemia; pero será la pintura de Cassone el ícono de su dirección, siguiendo en la máxima de "pinto no es copiar servilmente", el su ícono a Juan Gris y Pablo Picasso en el origen de un cubismo innovador; a él Bourdelle de formas pétreas, con horas de chofas en su estudio. Un Vázquez Díaz victorioso por las fronteras de batalla de una Europa en guerra de trincheras, con sus hombres torcidos ya con la acción aprendida. Sin embargo, en su regreso va a mostrarse con una enorme personalización: el aprendizaje como retratista la simplicidad de las líneas para señalar en las personas, o como pintor abarcar el gusto geométrico y

del color de los paisajes vacíos, ondulantes y modifcantes, lejos de la España negra que ofendía Solano o Zuboga. El cambio estético lo inició en el País Vasco inmediatamente su pintura, como dice Ángel Benito, su biógrafo, destacando una gran gama de grises, y el de retratista que marcó en París, tal como la obra de su amigo Francisco Goya. "El dibujo se me resaca, pues que luchar mucho, muchísimo. Me di cuenta de que no podía dibujar el lugar a París. En España se dibujó poco y con un concepto artístico que a mí no me interesaba. Fue en Francia en donde encuentro la posición por el dibujo y donde me hice dibujante". También gracias a Rubin Diaz, quien la había retira para su revista Mundial (1913-1914) Por ella, apasionado, entre otros, Leopoldo Lugones, Enrique Lamet, Argente Benet o incluso el propio Rubén Barba, con aquella buena negra. Pero si el dibujo destaca de la época es el que le hizo, en 1913, la de un dibujo de la Región (Dabavila), por el que a decir de algunos "solo por

este retrato merecer estar en el nombre mundial del arte". No se quedó ahí, nada más regresar a España, en 1918 y con el maestro de la nueva, se puso a la tarea de ser el retratista del pasado siglo. Cuando reúne sus cobizas las llama "Hombres de mi tiempo", Ángel Benito, en un entrevista que la hizo en 2007, me contó que Vázquez Díaz se sentía hombre de ese tiempo, "se era gente que él buscaba y que lo rodeaba". Fue así como nos han llegado las cobizas de políticos, actores, poetas, literatos, toreros, amigos... una inmensa ristra de personajes que determinaron la vida social, cultural e histórica de la España que gira entre y después de la guerra civil española. Artistas como: Picasso, Regoyosa, Solano, Bontela, Aricé, Benlloch, toreros como El Espartaco, Maorrón, Domingo Ortega, Belmonte, Benavente o Manolito; poetas como Adrián del Villar, Alameddine, Buerba o Lanza; novelistas como Blasón Barba, Palaco Valdes, Galdós o Baroja; intelectuales como Orteg



y Gasset, Unzueta, De la Cueva, Maza o Ampelio. Vive el mundo del teatro, con Benavente, los hermanos Álvarez Quintero, Eduardo Marquina o los amigos Margarita Arjés y María Guerrero; del mundo de la política, como el Duque de Alba, el Conde de Romanones, Maura, Alcala Zamora, Indalecio Prieto y hasta José Antonio y Franco, aunque a este último, dice Ángel Benito, "no lo quería pintar porque tiene patitas de perro". Pero los cientos de rostros de la España que fue han quedado como el mayor golpe de la retratista de partes importantes hechas en este país.

VÁZQUEZ DÍAZ FUE QUIEN FUE, EL ALMA QUE ENCAJAZO LA PINTURA DE LA MODERNIDAD, ENTRE TRADICIÓN Y VANGUARDIA, EN MOMENTOS MUY OSCUROS DE LA VIDA ESPAÑOLA

reconocido obra, junto a los frescos de Santa María de la Rábida, "los mejores murales europeos del siglo XX", o decir de Ángel Benito.

La renovación plástica de esa España de la primera mitad del siglo XX se consolidó gracias a la labor de Vázquez Díaz, no ya como pintor, dibujante o muralista, sino gracias a su enorme labor docente ajena, especialmente, en su escuela-taller de Madrid. Bajo su magisterio estuvieron pintores como José Caballero, Rafael Canales, José Goyes, Cristóbal de Vera, Rafael Boti, Antonio González Inda, e incluso Rafael Alberti o el propio Salvador Dalí, que en su juventud adoptó un incipiente geometrismo constructivo. Fue el magisterio de un nuevo para una España

artista que se debatía con intenso autoritarismo. La España de Franco pronto adoptó a un Vázquez Díaz que no quiso huir con la República hacia un exilio en el extranjero. Estableció su taller en su casa-taller de Madrid, sin querer abandonar su práctica obra y el nuevo régimen lo cobijó frente a la pintura naturalista y transgresora de las nuevas tendencias. Vázquez Díaz conservó ese aire entre la modernidad y la tradición. Fue el maestro de proca de una pintura española realizada desde el interior, algo que algunos no le perdona. Algo que se hizo en este cívico del 60 aniversario de su muerte. Y en homenaje a Daniel Vázquez Díaz es una Figura Indispensable para entender la pintura española del siglo XX. ■



na y para los niños y jóvenes que en sus colegios trabajan sobre temas del mar. Un Colegio de Jaén, del interior de Andalucía, se llevó aquel año el premio.

Me lo pusieron muy fácil, porque en Don Daniel se unieron todos los ingredientes. Fue mi oportunidad para unir los tres elementos que configuraban los Premios de la Armada (Historia, pintura y niños) en la anécdota recreada por el propio Vázquez Díaz. Una oportunidad también reivindicativa. Es su propio testimonio cuando recordaba que siendo un niño de entre 10 y 11 años (nació en enero de 1882) llegaba a San Juan del Puerto para tomar el tren que lo llevase a Sevilla. Las esperas en el apeadero de la Estación, nada más iniciarse el siglo XX, y la vista lejana de la silueta del Monasterio de La Rábida la aprovechaba su padre para contarle la epopeya del descubrimiento de América. Aquel Cristóbal Colón que llegó pidiendo ayuda a los monjes del convento a las orillas del Tinto, la preparación del viaje por extraños mares, la colaboración con la gente de Palos y Moguer, la salida de tres cascarones marinos ante la incierta aventura del Océano despertó el interés del niño ‘nervense’ y su determinación por plasmar los cuadros de la epopeya marina en las blancas paredes de nuestro Monasterio. Objetivo hecho realidad entre 1929 y 1930. Una historia que Don Daniel contó al poeta moguerense Francisco Garfías y que éste dejó escrita, por lo que conocemos los detalles.

Pero para entender los momentos, la historia, la situación, el mundo en el que vivía España debemos trasladarnos justamente a la edad que tenía el niño Daniel cuando volaban sus pensamientos hacia la epopeya. Sus viajes a Sevilla



Daniel Vázquez, padre del pintor, dibujado por su hijo en sus inicios.



Muelle de las Carabelas, Puerto de Palos. Foto: LeBraz



Postal circulada con el Monumento a Colón en La Rábida.

con su padre coincidieron con el IV Centenario del Descubrimiento de América (año 1892), ya en la recta final del siglo XIX, en momentos de enorme exaltación patriótica. Pero hay más, ya que, en ese año de 1892, se produjo la autorización para que España declare como Fiesta Nacional el 12 de octubre, y esa petición se firma, precisamente, aquí en Palos. Fue la Reina Regente quien la firmó. Vino con su hijo Alfonso XIII, con el presidente del Gobierno, Antonio Cánovas del Castillo y con otras numerosas personalidades de la época. Es en esta visita cuando se inaugura aquí, en La Rábida, el monumento a Cristóbal Colón, una enorme columna que desde entonces ha sufrido algunas modificaciones, pero que sigue ahí muy visible por ser lo más alto de esta zona colombina. Lógicamente todos estos acontecimientos son los que hacen mella en Vázquez Díaz niño que, en aquellos instantes de su preadolescencia, final del siglo XIX, está rodeado de grandes exaltaciones patrióticas.

Ese Decreto sobre la Fiesta Nacional, firmado aquí en Palos de la Frontera, tenía un *único Artículo, que decía: Se autoriza al Gobierno para presentar a las Cortes un proyecto de Ley declarando perpetuamente Fiesta Nacional el 12 de octubre en conmemoración del Descubrimiento de América. Dado en Santa María de La Rábida, el 12 de octubre de 1892.* Inicialmente se le llamó “Día de la Raza”.

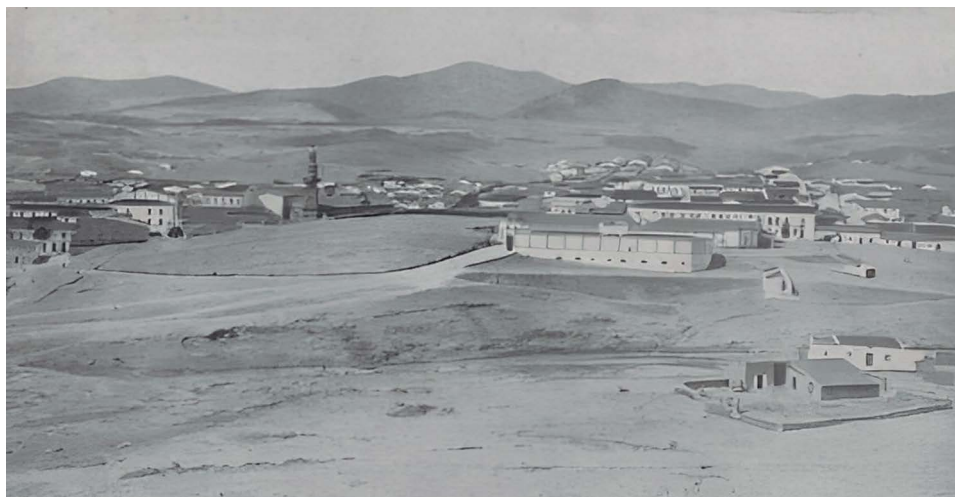
Vamos a saltar a hace cien años, a 1920, cuando tras la restauración del Monasterio, éste fue devuelto a los monjes Franciscanos. Coincide casi con la vuelta de Vázquez Díaz a España, tras su periplo formativo en Francia y con una Primera Guerra Mundial en la que conoció en directo los horrores de la guerra, que plasmó en su obra gráfica. Nada más volver comenzó a urdir seriamente

Revista *Plus Ultra*, con motivo del IV Centenario del Descubrimiento de América y de la Exposición Internacional celebrada en Madrid. Ilustrador Eugène Grasset.





Postal del Monasterio de La Rábida tras su restauración en 1920, con el ajardinamiento del entorno.



Nerva, la localidad minera donde nació V. Díaz carecía entonces de vegetación.

aquella idea de niño de pintar en los muros del Monasterio la epopeya del Descubrimiento de América. El artista ya estaba formado y él mismo creyó que era el momento oportuno para realizar su reencontrado sueño infantil.

El niño onubense que no había nacido en Nerva, tal como la conocemos hoy, sino en una población, entonces pedanía de Zalamea la Real, que tenía por nombre Aldea de Ríotinto, ya que allí nace el río en el que se orilla este municipio de Palos. Solo es una anécdota, porque cuando Vázquez Díaz tenía tres años es cuando la villa minera, cuna del río Tinto, pasa a llamarse Nerva, en homenaje a una placa romana encontrada en una galería minera otorgando la posesión de las minas al emperador romano Nerva.

Es el momento en el que quiero reivindicar las raíces del pintor minero, al pintor onubense que muchos desconocen y olvidan. Porque, aunque en Vázquez Díaz se despierta una temprana vocación pictórica, son muchos los que obvian, o incluso rechazan, la influencia de sus paisajes mineros y serranos en su obra. Sus más reconocidos biógrafos no han hecho la menor justicia a esta cuestión que hoy reivindico.



Imagen del Cerro Salomón o Cerro Colorado (2011) desde Nerva.
Foto: LeBraz. Colores que cada día veía Vázquez Díaz.



Cerro Salomón, conocido también como Cerro Colorado. Foto: Manuel Aragón.
“El desarrollo de la actividad minera originó un paisaje único marcado por la belleza cromática de sus desoladas cortas y escombreras, impregnadas de tonos rojos, ocre, amarillos, morados y verdeazulados”. Texto de la web del Ayuntamiento de Nerva.

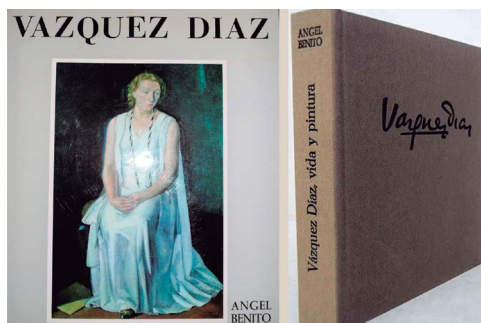
Aquella Aldea de Ríotinto, hoy Nerva, se encuentra en las mismas faldas del imponente Cerro Salomón, o Cerro Colorao, donde la explotación minera, hoy reactivada, cumple milenios y el paso de culturas invasoras. Es, como ya he dicho, donde se ubican los parajes del manantial del río Tinto, el mismo río que viene a morir en las orillas de Palos de la Frontera, justo donde nace la gesta del Descubrimiento. Una conexión conocida por Vázquez Díaz, de un nacimiento a otro. De Nerva a Palos.

Tengo una anécdota personal que aclara los desconocimientos aludidos sobre los paisajes de su infancia y la influencia temprana en su pintura. Su mayor biógrafo reconocido es Ángel Benito Jaén, sevillano, quien en 1971 publicó la gran biografía en la que han bebido todos los que han venido detrás. Él fue quien catalogó, por primera vez, la obra del pintor. Estamos a solo dos años de la muerte de Vázquez Díaz y yo emprendía mi aventura del periodismo, en Madrid, teniendo como profesor a Ángel Benito Jaén. En una de sus clases sobre Teoría de la Información, en la recién creada Facultad de Periodismo de Madrid, en la que yo estudiaba, comenzó a hablar de este pintor y dijo que nació en un sitio donde *no había nada que pintar...* En su biografía, *Vázquez Díaz, Vida y Obra*, escribió textualmente, “*el paisaje natural de Nerva no podía suponer un incentivo ni un impulso en la vocación de un pintor*”.

Automáticamente me levanté y le pregunté si conocía nuestra cuenca minera. Me confesó que NO y le advertí, en mi modestia de alumno, que las minas tenían muchos colores y que esos colores que él atribuía a otras tierras, Vázquez Díaz ya los llevaba en su retina. Me prometió que algún día iría a Nerva, cosa que cumplió. En el año 2000, veintiocho años después de aquella advertencia que le hice en su Cátedra de la Universidad Complutense, recaló en el Museo de Nerva que lleva el nombre de Vázquez Díaz y allí fue cuando se disculpó por no haber visitado antes el pueblo de Don Daniel y conocer aquellos coloridos paisajes de los que le hablé casi tres décadas antes. En 2007 se lo comenté en una entrevista que le hice en su casa de Majadahonda y volvió a reconocermelo como un fallo que cuando escribió la biografía no tuviera muchas reseñas ni del pueblo ni de las minas.

Curiosamente se contradice, porque en 1991, cuando publica una biografía recortada en la Colección Grandes Maestros de la Pintura Andaluza, vuelve a señalar que nació *“en un paisaje poco adecuado para que naciera en él un pintor”*. Y, sin embargo, él mismo a continuación, recoge las propias palabras del pintor que refuta el mensaje repetido del biógrafo: *“En mi pueblo seco y duro, como un hueso incorrupto de capitán antiguo, no había ni una sola brizna de hierba, ni un charco de agua casi. Pero abundaba en minerales, piedras de todo color. Ese color que algunos han dicho que es sordo, por lo menos los de mi comienzo, sale de ahí, del ambiente de mi infancia”*. Solo hay que mirar los rojos de Vázquez Díaz para entenderlo.

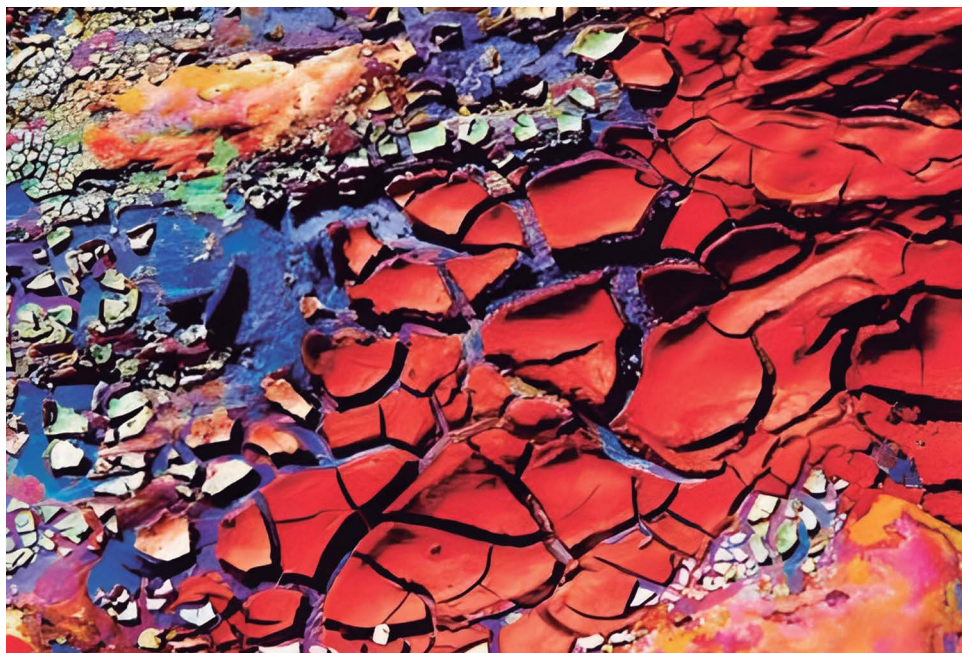
Personalmente opino que estas afirmaciones han hecho mucho daño a la influencia de sus orígenes, sencillamente porque algunos “copistas de biografías” la han repetido hasta la saciedad. Aunque el origen de la afirmación no está en Ángel Benito, sino en Juan Antonio Gaya Nuño, quien había dejado escrito que *“Nada había en semejante lugar (Nerva) que pudiera excitar a este niño, ni a ningún otro, a la dedicación pictórica”*. Es muy curioso que si atendemos a lo que



La gran biografía sobre V. Díaz,
de Ángel Benito. 1971.

dicen Gaya y Benito, no teniendo nada que ofrecer Nerva a la pintura, sea hoy el pueblo de España con “probablemente” el mayor índice de pintores por habitante. Un pueblo que apenas supera los 5.000 habitantes tiene en activo a casi un centenar de pintores. De hecho, desde 2017, soy comisario de una exposición itinerante, Mar de Pintor, con el *Diario de un Poeta Recién Casado*, de Juan Ramón Jiménez, con todas sus ediciones, a las que acompañan una veintena de pintores de la zona y aun hubiera podido participar 30 ó 40 más.

Es cierto, sin ocultar la verdad, que en aquellos tiempos en Nerva no había vegetación alguna, solo los colores de la mina, pero colores, al fin y al cabo, que de forma inconsciente –en mi opinión– tuvieron que penetrar en aquel niño. Lo reconocía su sobrina, Celia Vázquez, muy amiga mía ya fallecida y que se casó con el también pintor José María Labrador. Hablamos cuando estaba preparando el documental sobre el pintor. Me insistió mucho en que Don Daniel, nombre con el que era tratado, empezó a dibujar desde muy chiquito y que incluso aprovechaba los colores de la tierra, el barro, para confeccionar sus pro-



Sedimentos del río Tinto. Foto. M. Aragón

pios colores con los que dibujar. Decía Celia: *“Aquí en el cerro, saliendo de Nerva, hay un colorido que es una maravilla, los ocre, los rojos, ahí hay una gama de colores que es una preciosidad... De niño, muy niño, se iba mi tío Daniel y formaba él su propio color de esas tierras”*.

Realmente esa precocidad de Vázquez Díaz por la pintura, me permitió Indagar y rebuscar en las entrevistas y testimonios que dejó... así que me voy a limitar a lo que dice en su boca sobre sus orígenes pictóricos en Nerva y al que ya he hecho alguna referencia. Lo repito, *“En Nerva, mi pueblo, seco y duro, como un hueso corrupto de capitán antiguo, no había ni una sola brizna de hierba, ni un charco de agua casi... Pero abundaba en minerales, piedras de todo COLOR... Ese COLOR que algunos han dicho que es sordo, por lo menos los de mis comienzos salen de ahí, DE MI INFANCIA”*.

En otra ocasión declara, que la tierra de Nerva era: *“Áspera, pizarrosa, lunática, verdadero imposible... Solo recuerdo –dice Vázquez Díaz– un fruto que al apretarlo soltaba un ROJO intenso del que nunca me he podido olvidar”*. Él mismo confirma que los pinceles los hacía con crines y pelos atados a la punta de un palillo; que los colores los fabricaba moliendo terrones y mezclando el polvo obtenido con la goma que le quitaba a su padre de un pupitre, e incluso preparaba el cartón y el papel para que no absorbiesen tan rudimentaria acuarela. Nuestro pintor buscaba así toda la materia prima que necesitaba, porque en el pueblo no había nada y en la abacería solo encontraba brochas gordas y escobas.

No me alejode nuestro personaje, Marino Gómez Santos, escritor y periodista, le dedicó un librito diminuto, de esos divulgativos en la Colección Pulga. Ahí Vázquez Díaz le pone nombre a la planta que le servía para obtener color, *“caminera, de aproximadamente un metro de alta y de hojas verde oscuro... en el verano –agrega– daba un fruto particular, del tamaño de la uva y al estrujarlo desprendía un carmín maravilloso, que al lado de los grises del paisaje terroso era el único color intenso y luminoso que mis ojos vieron”*. O sea que sí, que en su tierra había colores, por mucho que estudiosos y biógrafos lo ignorasen.

No nos hace falta ni críticos ni oráculos, ya que es el propio Vázquez Díaz quien define los colores de la tierra minera, e incluso –como hemos comprobado– ya habla de *grises* que van a definir y son tan importantes en su pintura. Creo que con estas manifestaciones del propio pintor quedan despejadas las dudas y las suposiciones sobre sus primeras influencias cromáticas. Él mismo, en



Mina Peña de Hierro, Nerva, zona donde nace el río Tinto. Foto: Manuel Aragón.



Uno de los primeros cuadros conocido de Daniel Vázquez Díaz, Paisaje de Nerva con niños. Colores mineros en su paleta. Fondos del Museo Vázquez Díaz de Nerva.

otra ocasión, dejó constancia de que todo lo que se le ocurría de niño lo dibujaba y ahí fue adquiriendo el sentido artístico que posteriormente lo encumbraría.

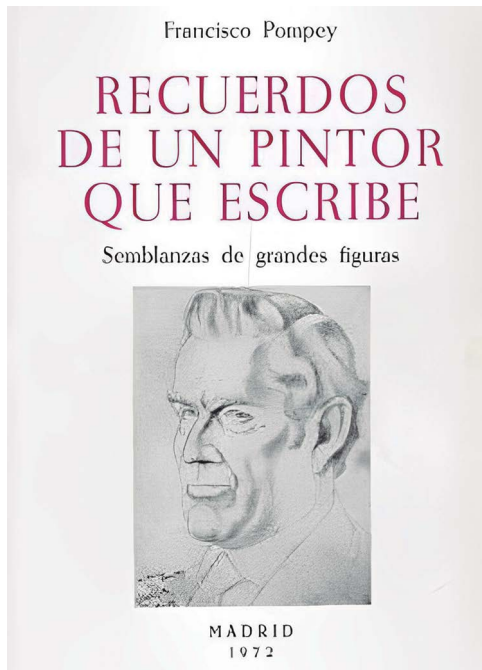
Decir también que su padre se opuso inicialmente a esta afición pictórica y que todo cambia cuando vio un dibujo que el niño Daniel le hizo a su madre Jacoba, quien siempre apoyó la afición de su hijo por la pintura. El padre terminaría comprándole una caja de colores en Sevilla, pero le obligó a que estudiara la carrera de Perito Mercantil para que tuviera un “futuro”. Años después Vázquez Díaz definía el tiempo de aquellos estudios como “*los años más infructuosos de mi vida*”.

El Museo de Nerva es esencial para conocer aquellos primeros años del pintor. Hay escenas deliciosas, como unos niños jugando en un monte pedado de vegetación o un cura oficiando misa, con todo su ritual. También varios retratos de familiares. Rafael Botí, su mayor coleccionista y amigo, posee también uno de la primera época pintado en Sevilla. Y es que desde esos inicios infantiles donde plasmó la virtuosidad de sus trazos pasó a su aprendizaje en Sevilla, después por Madrid, por El País Vasco, por la inmensa modernidad de París; por una I Guerra Mundial que asoló Europa y de la que él fue testigo y dibujó aquel “desastre”, las Ciudades Mártires lo tituló, y su incomprendida, por muchos, vuelta a España, a Madrid. Son etapas quemadas para afrontar con madurez el reto que va a venir: La Rábida.

Hay un hecho significativo en su primera etapa, tras Nerva, y es su encuentro con Juan Ramón Jiménez en Sevilla, cuando el moguerense también quería ser pintor. Los separan en su nacimiento solo 22 días en años diferentes, pues Vázquez Díaz, nació en enero de 1882 y JRJ en diciembre de 1981. Juan



Uno de los primeros retratos de Juan Ramón Jiménez. V. Díaz lo dibujó y pintó en numerosas ocasiones.



Francisco Pompey nació en La Puebla de Guzmán y fue amigo de V. Díaz

Ramón va a convertirse en el primer gran personaje de la historia al que conoce el pintor nervense y ya siempre hubo amistad entre ambos. Vázquez Díaz lo va a pintar y dibujar muchas veces, hasta el punto de que uno de sus retratos se va a convertir en todo un icono del poeta. Solo basta recordar el billete de 2000 pesetas dedicado a Juan Ramón y así visualizamos su imagen en los trazos de Vázquez Díaz. Va a ser un referente dentro de la extensa galería de personajes dibujados por Vázquez Díaz titulados HOMBRES DE MI TIEMPO. Hace poco descubrí también la relación que tuvo el minero con otro artista onubense, quizás hoy poco conocido, pero con el que va a coincidir también desde muy joven, el pintor y escritor de La Puebla

de Guzmán, Francisco Pompey, 6 años más joven. Aparte de visitas mutuas van a coincidir en Francia, donde Vázquez Díaz establece amistades con Modigliani o con el escultor Antoine Bourdelle, el heredero de Rodin, quien le va a enseñar el trazo de la línea para sus geometrías cubistas, muy presente aquí en La Rábida y en la orientación pictórica que va a defender en adelante el onubense. Pompey nos cuenta en sus memorias que Don Daniel llevó en París una vida de orden y trabajo, que no disfrutaba de las noches de París ni de la bohemia y que era constante trabajando, todo lo contrario de lo que en París hacía el propio Pompey. Vázquez Díaz decía *“la imaginación está en el trabajo”*, algo así como lo que también expresaba su contemporáneo, el malagueño Pablo Picasso, *“cuando llegue la inspiración que me encuentre trabajando”*.

No me voy a resistir a una anécdota que cuenta Pompey en sus memorias. Dice que fue a una Exposición, en 1909, al Gran Palacio en París, en el Salón Nacional, y que al entrar en la Sala central se encontró con un cuadro de Váz-

quez Díaz que tenía un crespón negro, lo cual se utilizaba en la época cuando el pintor de la obra expuesta había muerto. Y debajo una tarjeta que indicaba, “*Daniel Vázquez Díaz, pintor español, autor del retrato de J. Pepete, muerto por un toro en la Plaza de Linares*”. Pompey cuenta que inmediatamente preguntó que cuando había muerto el pintor y como respuesta le dijeron que el muerto no era Vázquez Díaz, sino que era el retratado, el torero Pepete. Al referirle la anécdota en un encuentro con Don Daniel, éste –cuenta Pompey– casi se muere de la risa.

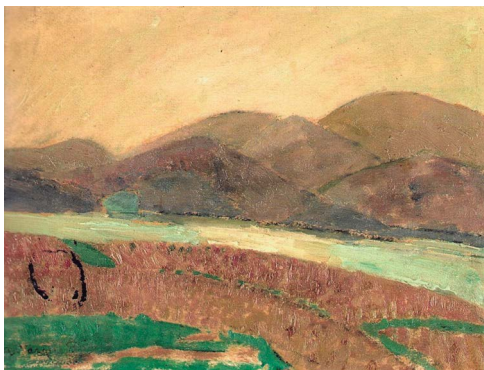
Sin embargo, pongo en duda algún dato de esta anécdota. Uno el año, pues el cuadro Pepete y su banderillero Bazán se presentó en realidad en el Salón de Otoño, en 1910, en París, junto a otros dos cuadros de Vázquez Díaz. Pero es que, además, Pepete Tercero murió, precisamente, en 1910, y no en Linares, sino en Murcia. Hubo anteriormente otros dos toreros Pepete y ambos murieron corneados, ninguno en la Plaza de Toros de Linares. El asunto es que Pompey tenía 84 años cuando escribió sus recuerdos y de ahí los errores anecdóticos de fechas. Es el momento de señalar que a Vázquez Díaz no le gustaban los toros, solo el entorno, el colorido, los trajes de luces, aunque llegó a decir que su primera vocación fue ser torero, pero en cuanto vio la primera corrida en Nerva, se echó *patrás*, aunque siempre le gustó retratar a toreros, una de sus temáticas preferidas.



El pintor V. Díaz retratando a “Pepete” y a su banderillero Bazán. El cuadro al que alude Pompey.



Cuadrilla de Centeno, de V. Díaz. Museo Reina Sofía.



Paisaje vasco, por V. Díaz.

Estamos hablando de París, de su etapa 1906-1918, y ya he comentado cómo antes de viajar a la capital francesa, en Sevilla, en el Ateneo, no solo conoció a Juan Ramón, también a pintores como Iturrino, Zuloaga, Ricardo Canals o a Javier de Winthuyesen, el pintor sevillano de jardines. De Sevilla ya se llevó los trazos de los monjes de Zurbarán, que por entonces no estaba de moda, ya que en los gustos pictóricos mandaba Murillo, quien tenía gran prestigio, cosa que no entendía Vázquez Díaz, tal como manifestó en variadas ocasiones. En cambio, si le impresionó el autorretrato de El Greco que vio en el Museo sevillano. Son pinceladas que sirven de ramillete de algunas personas importantes que entraron pronto en la vida de Vázquez Díaz. Él siempre, ya desde su primera época, va a estar rodeado, tanto en España como en Francia, de un ambiente cultural e intelectual de primer orden. Cuando con 20 años llega a Madrid lleva su obsesión por el Museo del Prado, donde va a descubrir más profundamente al Greco, otra de sus primeras referencias pictóricas. Se convierte en copista de este pintor, de Velázquez y de Goya. Pero va a recibir su

primera bofetada academicista al ser rechazado para entrar en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando. Cuando presenta un cuadro para la Exposición Nacional ve que lo mandan a la llamada Sala del Crimen, que compartió con

obras de Dario de Regoyos y de Javier Solana. Una Sala apartada donde se exponían los cuadros “con pocas posibilidades”. Y es que en España lo que dominaba eran los cuadros costumbristas y los de carácter histórico.

Hay un hecho significativo para entender la pintura de Vázquez Díaz y es su encuentro con el País Vasco, cuando ya va camino de París. Estamos en 1906, en plena primavera y queda atrapado por el paisaje norteño. Decide quedarse unos meses, hasta septiembre, y establece un vínculo especial con su Fuenterrabía (Hondarribia), a la que durante años va a recurrir retornando a la villa guipuzcoana para descansar y pintar. Es el instante en el que Ángel Benito dice que Vázquez Díaz *lava su pintura* e incorpora muchos matices a su paleta de colores, los grises. Lo que el biógrafo llama grises blancos, grises negros, grises azules, grises verdes, grises rojos... los grises, grises húmedos. La humedad del País Vasco. Pero es que, como ya he dicho y pretendo subrayar, Vázquez Díaz llevaba “otros grises” desde su Nerva natal. De hecho, hay cuadros de él, sobre paisajes del norte, que de no saberlo se pensaría que es de los alrededores de su pueblo.

No obstante, hago referencia a una entrevista, en 1951, en El Correo Literario, donde le confiesa a Camilo José Cela que “*prefiere el blanco, pero que su paleta es amplia y pinta con todos los colores*”. Vázquez Díaz aparece en la Gran Enciclopedia de Pintores Vascos y como tal está considerado por el desarrollo de los paisajes y personajes populares vascos. Su amigo, el pintor vasco Arteta, cuando lo conoce y ve lo que está haciendo en Fuenterrabía, sabedor de sus intenciones contesta “*¿París?, que espere*”.

Pero nuestro pintor llega a la capital de Francia, donde se reúnen los artistas que entonces son y que están alumbrando la vanguardia pictórica, una etapa fundamental en su formación. No va a ser un bohemio, tiene posibles económicos para mantenerse y empieza a trabajar incansablemente. La capital francesa va a ser la clave en la formación última de Vázquez Díaz. Imita inicialmente a Toulouse Lautrec, pero quien le va a seducir es Cezanne, a quien sin embargo no va a conocer en persona porque había muerto. “*La obra de Cezanne y Gauguín llamaron mi atención*”, declararía años después.

Con el primer artista con el que entra en contacto directo es con Modigliani, quien incluso le ayuda a instalarse y vive con él; conoce a Picasso y a Juan Gris, los revolucionarios del cubismo, y va a conocer a muchos muchísimos pintores de la bohemia, especialmente españoles desplazados como él a la meca

mundial del arte, pero sobre todo va a destacar su encuentro con el escultor Antoine Bourdelle, discípulo de Rodin, quien definitivamente va a marcar los trazos geométricos de sus figuras y paisajes presentes desde entonces en toda la obra de Vázquez Díaz y que va a tener un significado especial aquí en La Rábida. Además de artísticamente, en el estudio de Bourdelle conoce a quien va a ser su mujer, la escultora danesa Eva Aggerholm, con quien se va a casar en 1911. Debo señalar un dato importante de Bourdelle que está relacionado con lo que después haría Vázquez Díaz en La Rábida. Y es que el onubense, en 1913, lo ayudó a la realización de los FRESCOS que Bourdelle realizó en el Teatro de los Campos Elíseos, en lo que es un importante encuentro para nuestro artista con la pintura mural.

Vázquez Díaz declara que *“antes de llegar a París no sabía dibujar y que allí encontró la pasión por el dibujo”*. Va a vivir en Francia todo el desarrollo de la Primera Guerra Mundial y va a girar en sus relaciones, no solo ya artísticas, sino acercándose a círculos literarios. Conoce a Rubén Darío y éste, en 1911, le encarga retratos de personajes para su revista *Mundial*. Ahí, con esa colaboración en la revista, comienza su afición por dibujar las cabezas de personajes, descubriendo los perfiles de sus retratados. A lo largo de su vida fueron varios centenares, ningún otro artista ha dejado una imagen tan amplia de tantísimos personajes de la primera mitad del siglo XX. Escritores, filósofos, médicos, políticos, gente del teatro, del arte, del toreo, del circo, en fin, todo quien en aquel tiempo “era”. Él mismo se consideraba un protagonista de aquel tiempo. Colecciona tantos rostros de personajes importantes que los va a llamar HOMBRES DE MI TIEMPO. La galería de personajes es extensísima. En los años 40 confiesa que *“hasta 1911 no había hecho retratos”*. Es un hecho que Vázquez Díaz se va a convertir en el gran retratista de la primera mitad del siglo XX. Poco a poco sus dibujos van ganando en composición, en líneas de trazos geométricos que van a caracterizar su obra y que va a tener su correspondencia en los personajes que pintará para La Rábida.

En una entrevista en la revista *La Esfera*, de 1922, tras exponer en Portugal, demuestra V. Díaz la preferencia y claridad que le dio al retrato:

“Pintar un retrato es relativamente fácil. Todo está en coger a un señor –o una señora–, sentarlo en una silla y decirle de rato en rato ¡¡¡quieto!!!... Quietos hasta que el lápiz, la pluma o el pincel haya trasladado al papel, al lienzo o a la talla, la cera efigies del retra-

tado, si posible fuere con todos los pelos y señales, con los pelos de la ropa y con las señales de la vacuna... Lo cual hará que familiares y amigos exclamen, pasmados y boquiabiertos, ¡¡¡Caramba, ¡¡¡qué parecido!!! Enteramente está hablando”.



Eva Aggerholm, la escultora danesa
con la que se casó V. Díaz

Para entonces –1922– ya había hecho famosos algunos retratos, como los de Juan Ramón, Rodin, Unamuno, Ortega y Gasset o el de Dante, a quien Vázquez Día no había visto nunca. Y eso que él sostenía que *“el retrato debía ser como una biografía pintada”*. El propio entrevistador de *La Esfera* daba su opinión: *“los retratos de Vázquez Díaz se convierten en inmortales”*. Aparte de esos trazos geométricos que se van puliendo con los años, lo que observamos en los retratos de nuestro artista es que sus rostros están siempre con una actitud seria, ninguno sonrío, y eso también lo vamos a encontrar en todos los rostros de los paneles de La Rábida.

Antes, cuando hablé del billete de 2000 pesetas con el conocidísimo retrato de Juan Ramón, quizás el más conocido de él, olvidé decir que el retrato está desaparecido, se lo robaron cuando los falangistas –y se conocen sus nombres– saquearon su casa de Madrid, tras entrar las tropas de Franco. Juan Ramón pudo conservar una fotografía y de ahí que haya llegado hasta nosotros. Creo que algún día lo recuperaremos porque se conoce los nombres de los asaltantes y hay herederos con los elementos del expolio que sufrió el poeta.

El regreso a España de Vázquez Díaz se va a producir en 1918, quiere reeditar el triunfo parisino, pero su pintura no se entiende, convirtiéndose en un pintor incomprendido y rechazado, por la novedad que suponía su forma de entender la pintura, con nuevos colores y elementos geométricos que le daban frescura, pero que en España no se aceptaba. El a-ca-de-mi-cis-mo imperante lo recibió incluso con hostilidad y la crítica lo puso a caldo. Como ejemplo alguna reseña. *“Siento decirle a mi amigo Vázquez Díaz que como siga pintando esas manchas de color, tan burdas y tan inexpresivas y tan ar-le-qui-nes-cas, no llegará nunca a la celebridad”*. Sin embargo, se mantuvo firme a su doctrina



Conocidos retratos del escritor nicaragüense Rubén Darío.

y estilo: “*Don Daniel llegó a un país de celosos y envidiosos, donde cada cual quiere que le dejen reinar en su rincón, aunque esté lleno de telarañas, NO podía ser bien visto por los pequeños reyezuelos de la pintura*”. El poeta Rafael Alberti subraya, “*todo aquello sirvió para que Don Daniel fuera el revulsivo de los jóvenes pintores*”.

Quizás su mayor enemigo declarado fuera el novelista y periodista José Francés, quien manejaba por

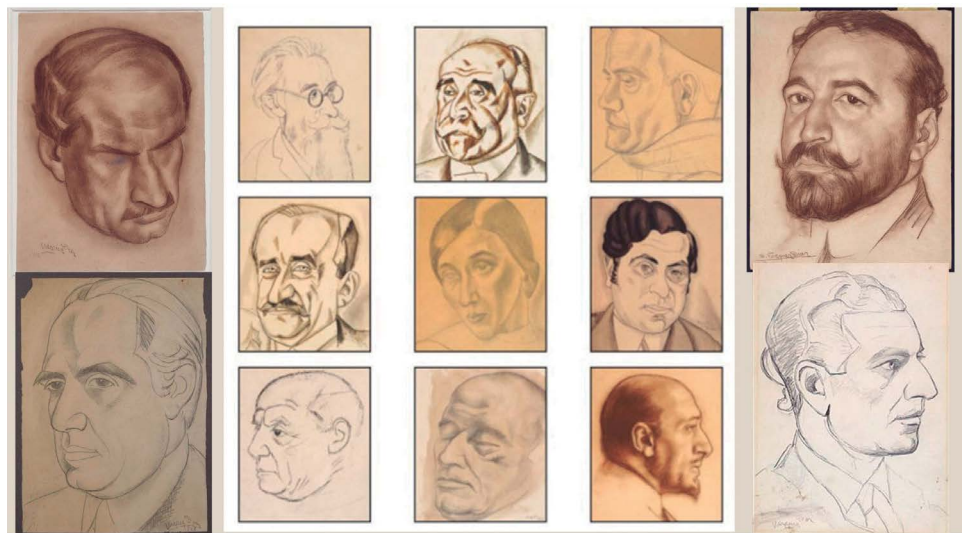
entonces los hilos de la Real Academia de Bellas Artes, entre los años 40 y 50. Tan enemigos eran que, en 1954, saltó una enorme polémica sobre la Medalla de Honor de la Exposición de Bellas Artes, que al final obtuvo tras renunciar a su plaza de académico electo y de la que no había tomado posesión esperando este reconocimiento, al que se opusieron muchos académicos. Vázquez Díaz contestó en diario *YA* señalando, “*creo que mi medalla solo les ha dolido a los fieras que aspiraron a llevarla*”. Y es que era consciente de que su pintura, le contaba al moguereno Garfias, “*no gustaba en España y por tanto no se vendía... Era la época de Romero de Torres, de López Mezquita o de Camarasa...*”ⁱⁱⁱ Qué horror, *yo traía otros aires que aquí resultaban exóticos, un tanto disparatados!!! Decían que mis retratos eran de cartón piedra*”.

Retomo la entrevista, en 1951, que le concedió a Camilo José Cela, donde reconoce *que fue su amigo Juan Ramón* quien lo animó a perseverar. Y descubre que lee a Azorín y a Pío Baroja, pero a quien quiere es a *Juan Ramón Jiménez*. “*Somos íntimos amigos, paisanos y de la misma generación*”, le dice. Y vuelve en sus confesiones a Cela señalando “*me encanta pintar el retrato de los hombres a los que admiro. Nombro los 3 retratos que hasta entonces le había pintado a Juan Ramón, los otros 3 de Azorín y de Rubén Darío, pero a Unamuno ya le había pintado hasta 7 veces*”. Creo que quedan claras las preferencias de nuestro dibujante.

Al inicio señalé que los franciscanos recuperaron La Rábida en 1920, hace exactamente 100 años. Va a ser también importante porque es cuando Vázquez Díaz se plantea hacer algo especial en el Monasterio y muy pronto, en 1925,

va a comenzar —sin ningún apoyo— los estudios de sus ideas sobre La Rábida, tanto en el interior como en el exterior, porque su intención primera era también actuar sobre el exterior del Monasterio, cosa que finalmente no le dejaron. Y hay que entender otros hechos por los que La Rábida tomaron actualidad, como el vuelo que realiza el hidroavión Plus Ultra, desde estos lugares colombinos hasta la Argentina. Cuando los aviadores de la gesta regresan son recibidos en Palos por el Rey Alfonso XIII. Poco después, en 1929, se va a inaugura ahí enfrente, en la Punta del Seboel monumento a Colón realizado por la escultora estadounidense, Gertrude Vanderbilt Whitney. Acontecimientos que vuelven a impregnar un gran ambiente colombino, decisivo para que Vázquez Díaz pudiera poner su enorme granito de arena. Él quiere tener todo atado y va preparando los bocetos y estarcidos, e incluso llega a pintar una de las escenas en un muro de su casa en Madrid para ver cómo queda. En el Museo de Nerva hay una buena muestra de estos preparativos.

Esos trabajos preparatorios los va presentando, siendo que sus bocetos los expone, por primera vez, en 1927, en las Salas del Palacio de Bibliotecas y Museos, en Madrid, donde los ve la Chata, la infanta Isabel, tía del Rey Al-



Ortega, Valle Inclán, Picasso, Marañón, Gómez de la Serna, Baroja, entre otros, 'Hombres de mi Tiempo' los tituló.



Rafael Botí, amigo y coleccionista del pintor, conserva los últimos bocetos de los murales de La Rábida.

fonso XIII, le gustan y se lo dice a su tío, siendo el propio Rey quien se acerca a ver esos bocetos. Lo llama a Palacio al día siguiente, con la presencia del onubense ministro de Marina, almirante Cornejoy con el ministro de Instrucción Pública, José Callejo, quien finalmente sería quien defendió el proyecto en el Consejo de Ministros rodeado de gran polémica por el posicionamiento contrario de la Real Academia de Bellas Artes, de la Academia de la Historia y hasta del propio padre superior del Monasterio. Pero con el apoyo del Rey, la oposición se derrumba y todo cambia.

Don Daniel, se instala en La Rábida en 1929 y se empeña durante todo un año en su obra que va a terminar

el 12 de octubre de 1930. En palabras de Ángel Benito, su biógrafo, La Rábida alberga hoy las principales pinturas murales de Europa en el siglo XX. Insisto que todo se produce en un contexto histórico de exaltación del descubrimiento de América, aun cuando previamente se habló de derribar el Monasterio, que ya había sido reconstruido a finales del siglo XVIII, tras el terremoto que asoló Lisboa y que tanta repercusión tuvo en nuestra provincia. Una exaltación que no deja de fluir desde el IV Centenario del Descubrimiento, con los hechos descritos del vuelo del Plus Ultra o la inauguración del monumento a Colón, donado por Estados Unidos y que se coloca en la Punta del Sebo. Ese mismo año, 1929, va a tener lugar en Sevilla la Exposición Iberoamericana, que pretende reactivar y modernizar los lazos de España con todo el continente americano. Es por eso, que la prensa se va a volcar inmediatamente con el proyecto de Vázquez Díaz para La Rábida.

Aquí tengo el enorme libro que se hizo sobre la Exposición sevillana, pues es el catálogo de aquella Exposición en Sevilla y contiene algunos de los tra-

bajos previos de V. Díaz realizados antes de llegar a La Rábida. Es decir, nos habla de lo que el pintor hizo antes de llegar a Palos. No obstante, existe una laguna gráfica sobre los trabajos murales que el pintor realizó en el Pabellón del Patronato Nacional de Turismo con parques y monumentos de España, recreando la ruta del Cid, el Camino de Santiago, la ruta del Quijote o el Diablo Cojuelo. Aquel edificio sevillano desapareció y con él la obra de Vázquez Díaz previa a su incursión muralista en La Rábida. Como curiosidad, señalar que el Pabellón de Huelva estaba muy centrado en los temas colombinos y lo presidía una Torre similar a la de la Iglesia de San Jorge de Palos. Todo coincide, más o menos en el tiempo, y de ahí el impulso final al proyecto de La Rábida. Hay que tener en cuenta que es el arquitecto onubense, Pérez Carasa, quien realiza el Pabellón de la Plaza de los Conquistadores, en el sector Sur número 43 de la Exposición sevillana.



Mural en casa del pintor ensayando la obra de La Rábida.

Vázquez Díaz, en el Libro de Oro de la Exposición Iberoamericana, va a entregar un hermoso dibujo de La Rábida, con un artículo firmado por el maestro Manuel Siurot. No quiero molestar, pero en el dibujo aparece la referencia de “Palos de Moguer”. Denominación que afortunadamente se ha ido corrigiendo con los años. Esta litografía que nuestro es muy conocida y como observamos está impregnada de un estilo cubista, con marcadas líneas geométricas que es el que va a utilizar definitivamente con los frescos del Monasterio. Tengo que decir que aparece reproducida por primera vez en el diario *ABC*, en agosto de 1929, compuesta para su serie de Estampas Ibéricas, ilustrando un artículo



Recorte de la revista *La Estampa*, 1928, con los inicios del proyecto.



Casa de peones camineros, frente a La Rábida, donde se instaló Vázquez Díaz. Foto: LeBraz

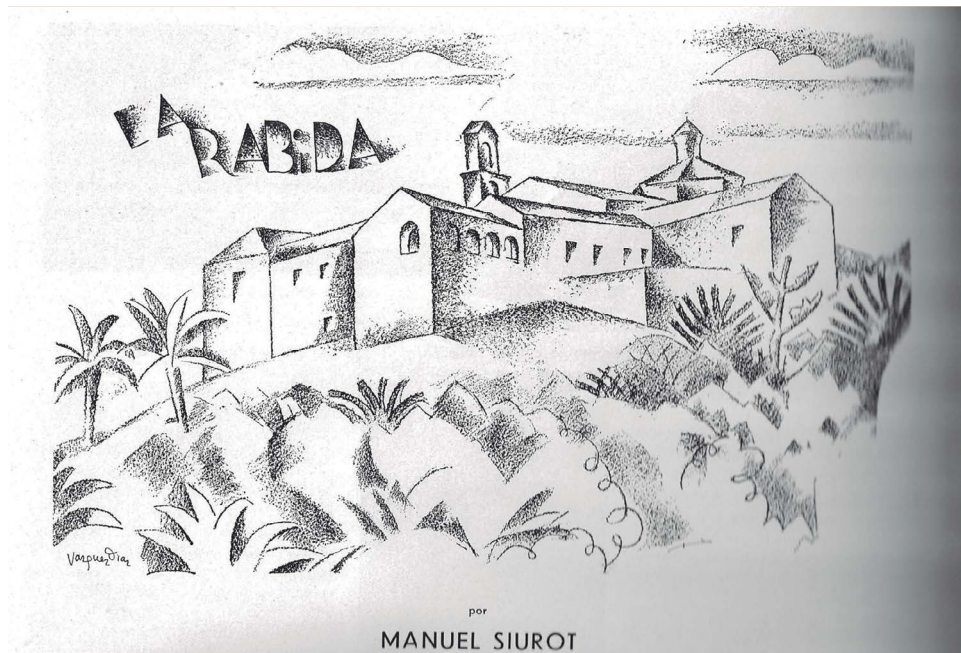
de Manuel Siurot, como he comentado, en el que el maestro onubense dice: “*en La Rábida se ha completado la unidad geográfica del mundo y es por eso la más alta cátedra de la geografía universal*”.

No acaba aquí su contribución a este Libro de Oro de la Exposición, pues también dibujó el Castillo de Loarre, de Huesca y entrega cabezas representativas anónimas de algunas provincias españolas. La más antigua es la del País Vasco, lo que significa que no la hizo específicamente para esta Exposición. Es un ejemplo representativo de cómo se inicia en el retrato y de cómo los retocaba. Hay un rostro anónimo, firmado en 1929, en el que se aprecian las diferencias marcadas con el retrato de la mujer vasca, que había dibujado en 1915. Estamos hablando de 14 años de diferencia en los que se ve la evolución

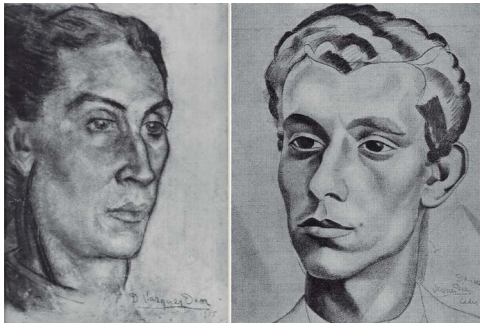
de su dibujo. Cubismo con rostro humano, como alguien lo definió. La provincia de Jaén la va a representar con el rostro de un aceitunero, un hombre del campo, con un rostro cortado por el sol; Toledo por una triste mujer; Pontevedra, por un pescador y Murcia por un labriego con su traje huertano. La figura de la mujer cobra protagonismo con la representación de Valladolid, una mujer de cuerpo entero con su vestido regional, o la salmantina cubierta con un pañuelo anudado al cuello. Todas son figuras anónimas muy personales y con los rostros siempre imbuidos de profunda seriedad. Son retratos que demuestran el dominio del trazo, esquemáticos y precisos, con un poder geométrico como ningún otro ha alcanzado y que va a tener su continuidad en los paneles de La Rábida, porque todos están realizados antes de abordar el proyecto. Él va a vivir durante un año, con su mujer Eva y su hijo Rafael, en

la casa de los peones camineros. La casa donde antes había vivido el padre de Zenobia Camprubí y donde “la americanita” montó una escuela para los niños pobres de la zona. Curiosamente, he de decir que Zenobia volvería con su marido Juan Ramón para visitar a Vázquez Díaz mientras éste pintaba los murales del monasterio.

El pintor nervense fue, como también he reseñado, muy amigo del moguerense Francisco Garfías y a él le va a confesar que *“en Moguer y en Palos encontré los rostros que me hacían falta. Eran los mismos gestos, la*



Dibujo de La Rábida realizado por V. Díaz y que aparece en el Libro de Oro de la Exposición sevillana.



misma raza, el mismo sol, la misma luz... Y la Iglesia, y el río y hasta los monjes". No nos debe extrañar que muchos rostros de la tierra estén en ese panel de Los Heroicos hijos de Moguer y Palos, donde demuestra su dominio en la realización del paisaje y del retrato. Me voy a atrever a contar una anécdota sobre uno de los personajes que Sergio Rodríguez, recogió hace unos años en la revista de Nervae. Contaba que Cristóbal, un sacristán de Palos, iba cada día a ver lo que hacía V. Díaz en La Rábida, hasta que un día el pintor se bajó del andamio y le dijo *"te voy a hacer inmortal"*. Parece que nuestro personaje Cristóbal es quien se queda para la posteridad de perfil con su remo en la mano. Cuenta el dueño de la historia, cierta o no, que el sacristán iba a menudo a verse, ya dibujado sobre las paredes, y susurraba *"ciertamente me parezco, aunque me veo raro"*.



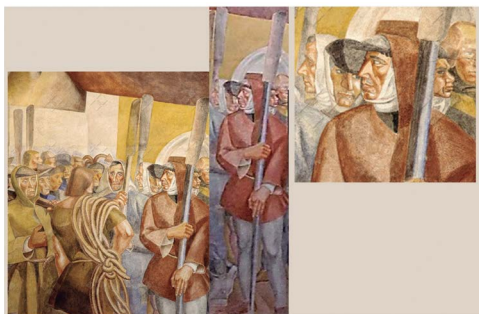
Lo que es absolutamente cierto es que los personajes de Vázquez Díaz en La Rábida son auténticos, hombres de la mar y del campo, escogidos por el propio pintor. Hasta tal punto que en las pruebas y dibujos preparativos va a desarrollar la visión de los paneles dejando vacíos los rostros



Diferentes cabezas de distintas épocas representando a varias provincias españolas, precursoras de las imágenes de La Rábida.

de los personajes hasta ir dando con ellos. Hay alguna excepción, como la cara del filósofo Ortega y Gasset que va a ser la que dé hechuras al rostro de Colón. Y hasta el propio Vázquez Díaz va a aparecer de perfil, medio escondido, mientras que su hijo Rafael le va a servir para dar volumen a la figura de Diego, el hijo del Almirante de la Mar Oceana. En verdad, V. Díaz hace una obra grandiosa aquí en La Rábida. Víctor de la Serna, el hijo de Concha Espina, la escritora cántabra que anduvo por Nerva y ahora, en este 2020, se cumplen 100 años del libro más importante escrito nunca sobre Huelva, *El metal de los muertos*, escribe “*nadie como Vázquez Díaz supo calar las entrañas de este Poema del Descubrimiento*”.

Pues a pesar del tremendo impacto que causó su visión pictórica del Descubrimiento, se le niega a Don Daniel, en 1931, una Cátedra en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, quedan-



V. Díaz tenía la composición de su obra solo le quedaba poner rostros a sus personajes con «hijos de Palos y de Moguer».



do eliminado en el tercer ejercicio de la oposición. Una venganza de los académicos por su triunfo a pesar del rechazo que había sufrido para que pintase La Rábida. El escándalo que se produjo fue mayúsculo en la sociedad cultural de entonces y aquella oposición fue finalmente anulada. Dos años después V. Díaz obtuvo la Cátedra de Composición Decorativa. Cuando en los años 40 se le pregunta por aquel hecho, él respondía que *“No se consideraba la pintura al fresco como un arte mayor dentro de lo pictórico”* y, en La Estafeta Literaria, en 1944, decía textualmente: *“Un lienzo puede tener un valor tan grande y hasta superior al de una pintura al fresco... Es uno de tantos procedimientos, sin poderse decir que sea el mayor”*. Consideraba el pintor —en esa entrevista— que para hacer un fresco hay que tener todo resuelto previamente. *“Lo principal es conocer el secreto del procedimiento y poder dar rapidez a la realización... Hay que llevar el tema tan vencido, tan resuelto, que no caben ya rectificaciones; cosa que puede hacerse en todos los demás procedimientos pictóricos”*.

El hijo de Don Daniel, Rafael, que había ayudado al pintor durante el intenso trabajo que mantuvo durante todo un año en La Rábida, dejó también escrito esta dificultad: *“la ejecución no admite enmienda, pues el fresco no puede rectificarse, ya que el trabajo debe hacerse con los muros húmedos y sin dejar secar esta superficie, para que las coloraciones sean absorbidas y penetren en el mortero”*. Y sin embargo, Vázquez Díaz va a cometer un gran error, del que se deriva uno de los grandes problemas de mantenimiento con los años de sus pinturas. Va a elegir cales de la zona que tienen un gran componente de salitres, lo que hoy obliga a un permanente cuidado para no perderla, lo que hace necesario periódicas restauraciones. Esto me lo decía el padre Oterino, quien fue superior aquí de La Rábida.

Vázquez Díaz reconocía que su pintura tenía una tendencia a lo mural, que era un sentimiento nativo en él, ya que nunca pintaba sobre caballete, sino colocando el lienzo en la pared, *“era —decía— como mejor se fragua mi idea de forma y color”*. Pintaba siempre de pie, nunca sentado. Lo vemos en muchas de las fotografías en las que aparece trabajando. Lo confirmaba en 1968, cuando un año antes de morir, por fin, era elegido académico de Bellas Artes de San Fernando. Vázquez Díaz es el pintor de La Rábida, donde según el escritor Baltasar Porcel, *“muestra su mejor nervio expresivo, en donde además emplea el sentido histórico de la epopeya de América y da valor a los marineros de la zona y su contribución a esa epopeya”*.

Personalmente, en Vázquez Díaz veo esencialmente una mirada andaluza, con toques impresionista y cubista, un prisma propio vanguardista que marca todo su trabajo. Alguien dijo que su pintura no es decorativa, como la de otros pintores, ejemplo Picasso, sino que su belleza se encuentra en el exterior, en los paisajes, en la naturaleza y en la vida de las personas. Es, sin duda, una belleza llena de humanidad. Y eso lo vemos perfectamente aquí en La Rábida, a la que le dio “otro aire”.